

patas de palo. Alejandro se enterneció al oír el ruido que hacían aquellos valientes, y mandó que se les devolvieran doce cañones rusos.

Propusieronle cambiar el nombre del puente de Austerlitz; pero no lo admitió diciendo: «Basta que yo haya pasado por ese puente con mi ejército.»

Alejandro fue también quien tuvo la idea del sacrificio expiatorio en la plaza de Luis XVI. Levantóse un altar en el puesto que había ocupado el cadalso. Siete sacerdotes moscovitas celebraron el oficio, y las tropas extranjeras al regresar de una revista, desfilaron por delante. Entonóse el *Te-Deum* con uno de aquellos magníficos cantos de la música griega, y los soldados y los soberanos hincaron la rodilla para recibir la bendición. El pensamiento del espectador francés debía por necesidad referirse á los años de 1793 y 1794, cuando los bueyes manifestaban repugnancia de pasar por aquel terreno á causa del olor de sangre. ¿Qué mano había conducido á esa fiesta expiatoria á los tártaros, algunos de los cuales vivían bajo tiendas de piel de oveja, al pié de la muralla de la china? Espectáculos son esos que las débiles generaciones que vendrán en pos de nuestro siglo, no volverán á ver.

Un grave cargo pesará sobre la memoria de Napoleón; fue en el último período de su reinado tan molesto el yugo, que debilitó el sentimiento de hostilidad contra el extranjero, de manera que la invasión, cuyo recuerdo es aun deplorable para la Francia, presentó en el momento de realizarse algo que en cierto modo era parecido á la independencia. Los hombres eminentes de aquella época, están acordes en lo tocante al juicio terrible que pronunciaron contra Napoleón. Los Lafayette, Lanjuinais, Camille-Jordan, Ducis, Lemerrier Chenier y Benjamin Constant, sobresaliendo entre la multitud rastrera, se atrevieron á despreciar la victoria y á protestar contra la tiranía. ¿Quién no recuerda las vengadoras palabras de que están llenos sus abrasadores escritos! «¡Cerrar el paso á todo proyecto de independencia, gozarse en deshonor los caracteres, en violentar las costumbres particulares y las libertades públicas, y declarar por calumniosas y blasfemas las opiniones generosas que se suscitaban contra esas enormidades!... Si el resultado de tales medidas fuese reputado inocente; si prostituyendo hasta la posteridad, le imponía su yugo; si esa posteridad sobornada, esclava futura hija de un antiguo esclavo, llegase á ser cómplice del primero que triunfara. ¿Dónde estaría el derecho? ¿Dónde estaría el precio de los sacrificios? no siendo el bien y el mal sino puramente relativos, desde luego puede decirse que toda moralidad había desaparecido de las acciones humanas.»

«(Altivos defensores de la monarquía, dice Benjamin Constant, en *el espíritu de la conquista*, ¿consentiréis que el oriflama de San Luis sea reemplazado por una bandera ensangrentada de crímenes y privada de gloria? Y vosotros los que deseáis una república, ¿qué decís de un dueño que ha burlado vuestras esperanzas, y mancillado los laureles cuya sombra velaba vuestras disensiones civiles, y hacia admirar vuestros errores.

Lo restante de esa obra tiene un carácter todavía mas acusador y enérgico. Es cierto que la posteridad no es en sus juicios tan equitativa como se dice: hay acciones, compromisos y errores de distancia, así como hay acciones, compromisos y errores de proximidad. Cuando la posteridad admira sin restricciones, se escandaliza de que los contemporáneos del hombre admirado no lo hayan considerado bajo el mismo punto que ella lo mira. Esto tiene fácil explicación: la posteridad no oye las imprecaciones ni los gritos de dolor y desesperación de las víctimas; no ve correr la sangre ni las lágrimas. La gloria labrada á expensas de desgracias, subsiste, sin que directamente haya que sentir las consecuencias de estas. Todo lo que ofendía

en el gran personaje, ha pasado; sus debilidades han perecido con sus despojos mortales, y ya no queda de él sino su imperecedera celebridad.

Alejandro pasó de Francia á Inglaterra: no pudo ver sin alguna envidia, los arsenales de la Gran Bretaña, la Torre de Londres, que puede armar á un pueblo entero, y Woolwich, donde los verdosos cañones parecen entapizar de césped el suelo. En Oxford, el príncipe regente, promovido á la dignidad de doctor, recibió en clase de tales al autócrata y al rey de Prusia, vestidos según lo previene el reglamento de la universidad. El presidente pronunció un discurso en latín, los estudiantes recitaron fragmentos de poesías acerca del incendio de Moscow y la caída de Napoleón, escena de otros tiempos consumada en medio de los sucesos mas grandes de la edad moderna.

El czar pasó á Viena con motivo del congreso, á principios del 1815, no sin tener ya entonces algunos motivos de disgusto contra el nuevo sucesor de la corona de San Luis. Luis XVIII, bajo pretexto de religión, que en algun modo podía considerarse como ofensivo, acababa de rehusar su consentimiento al enlace del duque de Berry con la hermana de Alejandro, enlace que habria cambiado el curso de las cosas y la suerte de la legitimidad: esa especie de desvío y de inexplicable enemistad, ofendió al generoso príncipe. No tardó tampoco en tener conocimiento de una triple alianza entre Francia, Austria é Inglaterra, dirigida evidentemente contra la presunta ambición del gabinete de San Petersburgo. Habiendo La Bernardiere, agregado á la embajada francesa de Viena, vuelto á colocarse cerca de M. Caulincourt, presentó una nota acerca de los cargos que la Francia hacia contra la familia legítima. Alejandro, que como ya hemos dicho, se hallaba algo resentido por el precipitado retroceso de Luis XVIII, del que este ni siquiera habia intentado justificarse, manifestó quedar muy afectado de la nota de La Bernardiere, y preguntó súbitamente á los aliados si seria conveniente poner al duque de Orleans en el trono de Francia cuando Napoleón acabara de ser completamente vencido. Esta pregunta causó al congreso la mayor admiración, y no tuvo efecto por la oposición de lord Clancarthy, que declaró no tener poderes para decidir una cuestión tan grave. Un despacho de Viena, numerado con el 25 y 27, dió cuenta á Luis XVIII de este sorprendente negocio, que demuestra que los aliados no tenían en la segunda restauración, como no la tuvieron tampoco en la primera, intenciones de restablecer la legitimidad. A pesar de esas particulares disposiciones, Alejandro no se separó de los principios generales que habia adoptado; á las dos de la tarde, del 3 de marzo, supo en Viena el desembarco de Napoleón, y á las tres horas partió para San Petersburgo un correo de gabinete mandando salir la guardia imperial. Las tropas de los aliados que se retiraban, se detuvieron, la larga línea de ochocientos mil hombres, tuvo que volver á dar frente á Francia: solo el calor de las olas de la forma de Marengo y de Austerlitz, habia bastado para hacer brotar ejércitos en esa Francia que no es mas que un gran nido de soldados.

El duque de Wellington habia mandado esperar la llegada de los rusos; Bonaparte no le dió tiempo de ejecutarla; Waterloo es un nombre que no puede pasar en silencio.

Durante los Cien Dias permanecimos al lado del rey: el 18 de junio del 1815, salimos de Gante por la puerta de Bruselas, solos, y con objeto de dar un paseo por la carretera: llevabamos bajo el brazo los *Comentarios de César*, y andábamos lentamente sepultados en su lectura. Nos hallábamos ya á una lengua de distancia de la ciudad, cuando creímos oír una especie de sordo rumor á manera de redoble. Detuvimos el paso y miramos el cielo bastante cargado de nubes, reflexionando si proseguiríamos el paseo ó seria mas

convenientemente retroceder por temor de una tempestad. Aplicamos atentamente el oído, y no advertimos otra cosa que el grito de una polla de agua entre los juncos y las campanadas de un reloj de aldea: seguimos adelante nuestro paseo. No habíamos andado treinta pasos, cuando otra vez volvimos á distinguir el rumor que pareciendo una especie de redoble se prolongaba: unas veces y se interrumpía brevemente otras, prosiguiendo en intervalos desiguales: algunas veces no era sensible mas que por la trepidación del aire que se comunicaba la tierra en aquellas inmensas llanuras. Esas detonaciones menos vastas, menos ondulantes y menos enlazadas que las del trueno, hicieron nacer en nuestro ánimo la idea de un combate. En aquel instante nos hallábamos delante de un álamo en el ángulo de un campo de lúpulo; atravesamos la distancia que nos separaba y nos apoyamos en el tronco dando cara á Bruselas. Habiéndose levantado un viento del Sur, nos trajo mas distintamente el eco del estampido de la artillería. Aquella gran batalla sin nombre cuyo ruido estábamos escuchando al pié de un álamo, y cuyos desconocidos funerales parecían celebrarse por las campanadas del reloj de la aldea, ¡era la batalla de Waterloo!

Oyentes silenciosos y solitarios del formidable decreto de los destinos no nos habríamos sentido tan conmovidos si hubiésemos estado en medio del combate: el peligro, el estrépito y el aparato de la muerte, no nos habrían dejado tiempo de meditar; pero viéndonos solos, bajo un árbol en la campiña de Gante como el pastor de los rebaños que pacían en torno nuestro, nos sentimos abrumados por el peso de las reflexiones. ¿Qué combate era aquel? ¿Seria definitivo? ¿Lo mandaba Napoleón en persona? ¿Se estaban como sobre la túnica de Cristo echando suertes sobre el mundo? ¿Cuál seria la consecuencia para los pueblos de la victoria de cualquiera de los dos ejércitos? ¿La libertad? ¿La esclavitud? Pero ¿qué sangre era la que se estaba derramando? ¿Seria cada rumor que llegaba á nuestro oído el último suspiro de un francés? ¿Era un nuevo Crecy, un nuevo Poitiers, un nuevo Arincourt de que iban á gozar los implacables enemigos de la Francia? Si triunfaban ¿no iba á quedar eclipsada para siempre nuestra gloria? Si Napoleón era vencedor, ¿qué seria de nuestra libertad? A pesar de que semejante suceso nos lanzaba á un eterno destierro, predominó en aquellos momentos en nuestro corazón el amor de la patria, y á trueque de que nos librara de la dominación extranjera, deseamos la victoria al opresor de Francia.

¿Triunfaba Wellington? ¿Volvería á entrar en París la legitimidad detrás de aquellos uniformes encarnados que venían á retener su púrpura con la sangre de los franceses? ¿Tendría por consiguiente la monarquía que ir á la solemnidad de su consagración acompañada en vez de carrozas de caros cargados de nuestros mutilados granaderos? ¿Qué nos podríamos prometer de una restauración consumada bajo tales auspicios? Tal fue la menor parte de las ideas que nos atormentaron en aquel momento. Cada estampido de cañon nos causaba un estremecimiento y redoblaba los latidos de nuestro corazón. A pocas leguas de distancia se estaba realizando una inmensa catástrofe, y no alcanzábamos á distinguirla; no nos era posible tocar el vasto monumento fúnebre que cada minuto iba haciéndose mayor en los campos de Waterloo, así como en otro tiempo tendíamos desde la playa del Boulaq en la margen del Nilo inútilmente nuestras manos hacia las pirámides.

Ningun viajero se dejaba ver en aquel camino: algunas mujeres rastillaban tranquilamente en los surcos, y al parecer ni siquiera oían el ruido que tan viva impresión nos causaba. Mas hé aquí que á lo lejos vimos venir un correo: al instante salimos á su encuentro parándonos en mitad de la carretera: el cor-

reo se detuvo; nos dijo que pertenecía al duque de Berry y que venía de Alost, y por último añadió: «Bonaparte entró ayer (17 de junio) en Bruselas despues de una sangrienta batalla que hoy ha debido volverse á renovar. Se cree que los aliados han sufrido una completa derrota y que han dado ya la orden de retirarse.» Dicho esto, el correo prosiguió su camino.

Seguíamoslo nosotros con cuanta priesa podíamos. En aquel instante fuimos alcanzados por el carruaje de un comerciante que huía en posta con su familia, y que también confirmó las noticias del correo.

Al dia siguiente (19 de junio), se supo la verdad del suceso. Los franceses habian por de pronto alcanzado ventajas en el ala izquierda de la batalla; pero la suerte cambió de aspecto; habiendo Blucher llegado con refuerzos, aisló dos cuadros de la guardia imperial separándolos del resto del ejército, ya bastante maltratado. Alrededor de aquella inmóvil falange, el torrente de los fugitivos arrastra cuanto se le pone por delante, entre oleadas de polvo, de humo y de metralla hacia las tinieblas surcadas por cohetes á la Congreve en medio de los rugidos de trecientas piezas de artillería y del precipitado galope de veinte y cinco mil caballos: era el resumen final de todas las batallas del imperio. Dos veces han gritado los franceses: ¡Victoria! Dos veces han sido sofocados sus gritos bajo la presión de las columnas enemigas. En las filas del ejército de Napoleón va extinguiéndose el fuego; se han acabado las municiones; algunos granaderos heridos en medio de cuarenta mil muertos de cien mil balas ensangrentadas y aglomeradas á sus pies, permanecen aun apoyados en sus fusiles con la bayoneta roja y el cañon vacío. No lejos de ellos, el hombre de las batallas estaba sentado aparte con la vista fija y el oído atento al último cañonazo que debia extinguir su vida.

Esa catástrofe que causó la muerte del imperio, fue causa de que el czar pasara á París. Creyóse ver en la primera invasión de los aliados una especie de rendición; en la segunda no se quiso ver mas que una conquista, y como ademas de no traer libertad era segunda invasión, no pudo menos de producir nuevas cargas, fue considerada, generalmente hablando, como un yugo pesado. No eran ya los rusos, sino los prusianos los que dominaban en París: estos últimos tenían humillaciones que vengar y derrotas que ocultar en la insolencia de la victoria. Un campamento inglés se estableció en el bosque de Boulogne, y los franceses tenían á la vista como opresores los dos pueblos que les son mas antipáticos. Francia en 1814 se halló libre de soldados enemigos en menos de seis meses; ahora tenia que verse ocupada por espacio de cinco años; ahora perdía las plazas de Landau en Alsacia, Marienburgo, en el Hainault, y Versoix en el país de Gex; tenia que consentir en desmantelar á Huninga y en devolver á la Saboya y á los Países Bajos el territorio asegurado por el tratado de París en 1814. Tenia que entregar por cinco años diez y seis fortalezas en la frontera, y obligarse á mantener un ejército de ocupación de 180,000 hombres. Se estipuló una indemnización de 5,000,000, y se crearon 12,040,000 francos de rentas para la extinción de deudas particulares contraídas fuera de los límites nacionales. Añadiendo á esos sacrificios la pérdida causada por el paso y permanencia de las tropas extranjeras, se calcula que cada uno de los cien dias costó á la Francia 30,000,000. Total de gastos de una marcha de Bonaparte, ¡3,000,000!

Los objetos de mérito artístico fueron arrebatados á la Francia. Era cosa de ver la duplicada consternación de París, cuando por una parte el duque de Richelieu vino á presentar á las cámaras los funestos tratados, y por otra las cámaras votándolos silenciosamente. Ese mismo patriótico sentimiento estalló cuando los extranjeros arrebataron los manuscritos de

los edificios públicos y despojaron la galería del Louvre: el mismo Cánova indicó las obras maestras que pertenecían á Italia; la victoria se llevaba lo que había traído.

No sucedieron todas estas cosas por culpa de Alejandro; pero la opinion cuando está resentida, no distingue de individuos. De aquí resultó, que el czar, cansado de la ligereza de un pueblo por cuya libertad había hecho tanto, no consideraba ya á los franceses mas que como un pueblo valiente, sí, pero móvil, sin razon y sin gratitud. En 1814 parecia este pueblo haberse alegrado de que le librasen de manos de Bonaparte, y al año siguiente lo había vuelto á proclamar y favorecer: el senado y los generales que habían decretado y aplaudido la destitucion de Bonaparte, lo habían restablecido en el trono y querían darle un ejército. Alejandro tampoco estaba contento de la dinastía restaurada: un rey que sin intentar defenderse había emprendido la fuga, no le parecia á propósito para reinar, y le inspiraba temores por lo tocante al porvenir. Así es, que habiendo Alejandro sido friamente acogido, no conservando ya sus primeras simpatías, ni el prestigio de su primera victoria, se limitó á vivir en una especie de aislamiento en medio de las ideas místicas que empezaban ya á dominarlo.

Por lo tocante á este particular, hay que advertir, que habiendo en un principio carecido de creencias religiosas, pasó del ateísmo al deísmo, y de aquí á la religion griega, propendiendo, sin embargo, á la católica, cuya propension los jesuitas, particularmente el P. Grivel, procuraban cuidadosamente sostener. Sin embargo, no se decidió, y como puede decirse que en medio de sus vacilaciones buscaba de buena fe, y por otra parte su imaginacion se hallaba místicamente exaltada, se inclinó hácia el iluminismo de las sectas alemanas y dió lugar á que Madama de Krudner ejerciera durante algun tiempo un verdadero ascendiente sobre su ánimo.

Sin embargo, las nuevas circunstancias de los asuntos, ni sus nuevas disposiciones religiosas nada influyeron en la generosidad de su carácter. Desde su llegada á París (11 de julio), tres dias despues del regreso de Luis XVIII, mandó cesar los principiados actos de vandalismo y detuvo la destruccion de los puentes de Austerlitz y de Jena. «El derecho de represalias solia decir, me ha sido siempre odioso.» No consintió que una division de su ejército que acababa de llegar á las órdenes del general Barclay de Tolly, consumiese los últimos recursos de los habitantes, y la mandó suministrar con provisiones de su almacén. Pasó en la llanura de Vertus la famosa revista del 10 de setiembre del 1815, á la que asistieron el rey de Prusia y el emperador de Austria, y aquí fue donde la alianza tomó el nombre de Santa.

En el congreso de Aix-la-Chapelle, consintió en abreviar el plazo de la ocupacion, se opuso nuevamente á las violencias de los aliados, y entregó al duque de Richelieu aquella carta topográfica en que estaba trazada la línea que separaba las provincias que se habían de desmembrar del territorio francés.

Al volver á Rusia, viajó como de costumbre, es decir, casi sin comitiva: en cierta ocasion se detuvo á oír misa en la iglesia de una aldea. Despues de la celebracion, se acercó al sacerdote y le besó la mano segun se acostumbra en el rito griego: el pobre cura correspondió á esta accion dándole paz en la frente, y nada supo acerca de la condicion de la persona á quien acababa de besar, no siendo por las sospechas de grandeza que le inspiró el perfume que exhalaban sus cabellos.

Alejandro había prohibido que se hicieran demostraciones de público regocijo por su llegada: el sínodo y el consejo de Estado quisieron conferirle el dictado de bendito; pero lo rehusó diciendo: «No puedo aceptar semejante dictado; desmentiría mis propios prin-

cipios dando á mis leales súbditos un ejemplo tan contrario á los sentimientos de moderacion que me esfuerzo por inspirar. ¡Bendígame el pueblo, así como yo lo bendigo! ¡Sea feliz la Rusia, y sobre ella y sobre mí, no deje nunca de caer la bendicion de Dios!»

No hizo impresion en su ánimo la hermosura de la Francia; por el contrario, le parecia fea, y tenía razon, pues no la vió sentada al borde del Mediterráneo ni recostada en los frondosos viñedos entre los Pirineos y el Loire. Entró en el palacio de invierno de San Petersburgo, y lo adornó con cuadros comprados en Malmaison despues de la muerte de Josefina. Un dia paseándose con nosotros á lo largo del Adige, nos hizo la siguiente descripcion de la ciudad de Pedro el Grande. «Por la noche, durante el estío, está alumbrada por un crepúsculo que no se parece á la luz del dia, ni á la de la luna. En San Petersburgo, veriais plantas de Siria y trages de Oriente á la claridad del polo. El Nawa azulado, como el Ródano en Ginebra pasa entre orillas de granito de color de rosa, y está cubierto de buques de todas las naciones.»

Hácia el fin de nuestra última conversacion en Verona, Alejandro se sintió dominado de la melancolía á que estaba tan predisposto: calló, y por nuestra parte hicimos lo mismo. Cuando nos cogió la mano y la apretó al despedirnos, nos sentimos profundamente conmovidos como si alguna cosa nos revelara que no le habíamos de volver á ver, y que de allí á tres años á pesar de ser tan fuerte, tan jóven y tan hermoso, y de sentirnos nosotros con tan pocas condiciones de vida, lo buscaríamos en vano. Su disgusto de los negocios y de los hombres públicos, se aumentó cuando fuimos echados fuera del ministerio; y finalmente, murió diez y ocho meses despues de nuestra caída. Le anunciarnos nuestra destitucion y nos contestó con esta carta.

«El aprecio que me habeis inspirado, señor vizconde, es independiente del puesto cuyas funciones ejerciais. Ese aprecio os lo granjearan vuestros principios y vuestro talento, cualquiera que sea la posicion en que os halleis. Me complazco, por consiguiente, en manifestároslo así, al paso que os doy gracias por los sentimientos que me expresais en vuestra carta. Un glorioso recuerdo va unido á la época de vuestro ministerio. La buena causa os debe estar agradecida. Tal vez esa misma causa deberá en lo sucesivo nuevos servicios á ese espíritu de lealtad y sabiduría que os distingue, y que haciéndose superior á todas las consideraciones personales, no conoce mas interés que el del bien y el reposo público. Este es el papel que os está mejor. Sabreis desempeñarlo, y en este concepto os ofrezco, señor vizconde, la nueva expresion de sentimientos tan distinguidos como sinceros, mediante los cuales os invito á que conteis siempre con

ALEJANDRO.»

Peterhoff 24 de julio de 1824.

La residencia favorita del solitario autócrata era Czarskoë-Selo; aquí vivia separado del mundo dando largos paseos en un parque de dos ó tres leguas de extension y no viendó en su recinto mas que centinelas. Por la noche la música de la guardia ejecutaba bajo las ventanas del czar piezas llenas de melancolía.

También la emperatriz Isabel pasaba sus dias en un profundo aislamiento, sin tener cerca de su persona mas que una dama, y sin recibir á nadie en Czarskoë-Selo. La princesa era delgada, y sus facciones y cutis muy delicados: su lenguaje y sus modales respiraban languidez; su sonrisa era triste y el timbre de su voz dulce; al mirarla hubiera podido creerse que se hallaba próxima á espirar. Solia pasear lentamente á

caballo durante la noche por las sombrías calles del parque, acompañada únicamente de su dama de honor y de un escudero, y evitaba el pasear de dia por temor de incomodar al emperador.

Alejandro había tenido debilidades que á pesar de ser variables, produjeron un afecto que duró once años. Un ayudante del emperador llegó á ser rival preferido despues de haber sido confidente íntimo. Esas miserias de que ni la oscuridad ni la gloria acostumbraban librarse, fueron causa de que el príncipe favorecido viniese á ser colega nuestro en la embajada de Roma, y la inconstante princesa pasara á ser ermitaña en nuestro Vallée aux Loups. Esta princesa, todavía hermosa, vistió de luto por Alejandro, bajo los árboles que ya no eran nuestros á pesar de haberlos plantado con nuestras propias manos en la época de nuestras ilusiones, desvanecidas también como las de aquella extranjera. Una hija había sido el fruto de aquellas relaciones que por mucho tiempo habían estado ocultas. Alejandro quería tanto mas á esa hija natural, cuanto que no había tenido ningun hijo legítimo. La niña despues de haber sido educada en París, regresó á San Petersburgo á los diez y seis años de edad; venia á casarse á la vista de su padre, y substituyó casi en las gradas del altar. Cuando llegaron los trages de boda que se habían mandado hacer en París, encontraron que la jóven que debía adornarse con ellos, no era ya mas que un cadáver. Alejandro tuvo noticia de esa prematura muerte estando pasando una revista, y empalideciendo no pudo librarse de exclamar: «Recibo mi castigo.»

Como su corazón era bueno, tuvo que fraguarse una excusa que le disculpaba á su propia conciencia el abandono en que había dejado á la emperatriz; imaginosa por consiguiente que no era amado de su esposa, y que el carácter frío é insensible de esta era incapaz de afecto; que los errores que él había cometido no la habían hecho desgraciada, porque como la supuso sin amor, la supuso también sin sensibilidad y sin zelos.

Nada de eso era cierto: Isabel amaba apasionadamente á su esposo; pero era tímida y reservada, y no se atrevía á manifestar queja alguna; parecíase á la Ermengarda de Manzoni, y decía como ella: «Dichosas las mujeres que han podido cubrir su frente con el velo sagrado antes de haber fijado sus ojos en la frente de un hombre. Tú me pertenecias, y por eso yo me callaba en la seguridad de mi dicha: jamás mis castos labios se habrían atrevido á abrirse para revelarte toda la embriaguez de mi corazón.»

Alejandro advertido últimamente por su hora, *jam moriente die*, por la infidelidad de la mujer que mas había amado, y por el golpe que acababa de sufrir al ver desaparecer tan precozmente el fruto de sus ilegítimas relaciones, se acercó á la emperatriz, y al ver que era amado de ella, se sintió despedazado de nuevos remordimientos. El czar había vuelto á ver á su esposa el 1814 en Carlsruhe, y esta vino á Viena aquel mismo año á unirse con él.

La religion consumió en Alejandro la obra de los dias que incesantemente desengañan; pero la vida de Isabel empezó á declinar rápidamente cuando la felicidad le principió á sonreír. Amó entonces al emperador con toda la felicidad que este deseaba, y con toda la gloria que había adquirido: como Isabel no había sido madre, acompañaba á su esposo en el sentimiento de la hija que este había perdido, y oraba con él sobre la tumba de aquella. Alejandro se dejó preocupar del temor de la muerte: mas de una vez lo encontraron durante la noche arrodillado en algun cementerio. Cuando emprendia algun viaje acostumbraba decir: «Los que tienen que arreglar asuntos conmigo se dan prisa á hacerlo todos los años, como si ya no hubieran de volverme á ver.» Otra vez se le oía exclamar: «Moriré en el rincón de un bosque, en un foso,

en la orla de un camino, y nadie volverá á pensar en mí.»

Cuando salió de su capital para no volver á entrar vivo en ella, las aguas del Nawa impedidas por las del mar, amenazaron por un momento sepultar á San Petersburgo; el emperador retirado en las habitaciones mas altas de su palacio, contemplaba lleno de consternacion aquellos desastres. La cruz de un cementerio fue arrancada y traída por las olas hasta dejarla en frente del palacio, á la vista de la familia imperial. Esa cruz puesta de un modo tan raro en movimiento, fue considerada como un presagio funesto. En el acto de salir de San Petersburgo el czar, se sintió sobre manera enternecido al abrazar á su familia, y al estar á cierta distancia de la ciudad, mandó parar el carruaje y miró con angustia el sitio en que había nacido.

A todo esto Isabel, ni quería separarse de su esposo, ni desterrarse bajo su cielo natal, el dulce cielo de Italia: con el soberano de su corazón, fue la amante esposa reconciliada ya con la existencia, á implorar vida al clima de la falsa Grecia. Allí viajó con el pecho lleno de su presente felicidad, pero sin sofocar el mortífero germen que en él habían depositado sus anteriores desdichas. Atravesó aquellos mentidos desiertos, adornados en otro tiempo por Catalina con aldeas figuradas y rebaños sin pastores. Toda aquella soledad estaba habitada por Isabel, por la expansion de su alma al ver en todas partes á su esposo.

Tuvo este noticia de conspiraciones militares que contra él se fraguaban: algunos jóvenes oficiales habían aprendido de su propio instinto sentimientos de libertad. Alejandro, autor del bien ó del mal, que trataban de poner en juego contra su poder, se alejaba de los sitios en que su justicia debía ser puesta en evidencia, para poder entregarse á su acostumbrada compasion, y no verse obligado á obrar con demasiada severidad. Al mismo tiempo se veía atormentado de sus propias ideas; no sabía si debería ponerse al frente de las reformas: oía el rumor de los pasos del siglo por el fondo de las estepas de Rusia, y oía que la Grecia lo estaba llamando con voz dolorida. Pero procurando conocer la voluntad de Dios sin poderlo conseguir, temía comprometerse en el mal camino, y favorecer aquellas innovaciones que tantas víctimas en tan pocas horas habían hecho ya.

Dejó su esposa en Taganrog; visitó el Don; proyectó el viaje de Astracan, recorrió la costa meridional de la Crimea, cual si no tuviera otro propósito que andar sin mas direccion que el acaso. Una fiebre causada por un frío húmedo le obligó á detenerse en una casa del conde Woronzoff, y desde allí, conociendo que la dolencia se agravaba, mandó que lo transportaran á Taganrog. Créese que aquí adquirió pruebas de la conspiracion fraguada contra su vida y que no tardó á poner en peligro la de su hermano. Al adquirir esa prueba, el czar se contentó con exclamar: «¡Qué mal les he hecho!» Su existencia iba apagándose por momentos; se ha hablado de veneno y de médico sospechoso: nada de eso es cierto. La emperatriz, que también estaba espirando, se hallaba á pocos pasos de su marido, abrumado de padecimientos, sin poderlo ver. La enfermedad no duró mas que once dias. Alejandro exhaló el espíritu el 13 de diciembre de 1825. Próximo á entregar su alma á Dios, mandó correr las cortinas de las ventanas de su habitacion, y dijo: «¡Qué hermoso dia!» Esas fueron sus últimas palabras. La emperatriz escribió á San Petersburgo diciendo: «Nuestro ángel ha volado al cielo; tengo esperanza de que no tardaré en unirme con él.» No se realizó esta esperanza, sino porque todas las demás habían fallado.

De allí á tres dias, cuando los pueblos se presentaban en Taganrog á besar la mano del cadáver, no vie-

ron la frente de su soberano; el rostro del czar estaba cubierto con un velo.

No falta quien ha creído que Alejandro, hácia el fin de su vida, abrazó el catolicismo. Su subida al trono le hizo perder el padre: su bajada estuvo á punto de derribar el imperio. Despues de tanto estrépito y de tanta gloria, no quedaron mas restos suyos que su féretro y el de su esposa, cofres sellados y silenciosos que atravesaron bosques al resplandor de las teas de pino, y acompañados de una horda de aquellos baskires que se acampanaron en el patio del Louvre.

Así terminaron los asuntos entre Alejandro y Napoleón, uno y otro desaparecieron en el fondo de un desierto; pero Napoleón había levantado su vuelo: á manera del águila se había remontado á la cima de una roca donde permaneció al sol hasta su partida, y donde pudo ser visto de toda la tierra.

La emperatriz, madre, habiendo concebido algunas esperanzas por la primera carta que recibió de Taganrog, mandó cantar un *Te Deum* en las iglesias de la capital; el pueblo asistió á esa solemnidad religiosa, y unió á ella sus oraciones, porque en realidad Alejandro era adorado. Aun no se había concluido el *Te Deum*, cuando un segundo correo trajo al gran duque Nicolás, la noticia del fallecimiento. Nicolás, que salió del templo para recibir el correo, volvió á entrar con el rostro tan inmutado, que no pudo menos de llamar la atención de todo el mundo. No atreviéndose á hablar, no hizo mas que decir una palabra al metropolitano y este avanzó hácia la emperatriz madre, llevando en la mano una cruz cubierta con un velo negro. La madre comprendió su desgracia, y cayó desmayada precisamente cuando el coro estaba entonando el versículo *In te, Domine, speravi*....

Por muy elevadas que hubiesen sido las cualidades del czar, en último resultado puede decirse que fue funesto al imperio, porque lo puso en demasiado contacto con la Europa occidental y sembró en él gérmenes de civilización que luego quiso sofocar. Las poblaciones al verse, por decirlo así, acosadas en sentido contrario, no comprendieron lo que se exigía de ellas, ni en qué sentido podían obrar mas oportunamente; no supieron si se daba ensanche al pensamiento, ó si se le ponían trabas; si se les pedía una obediencia pasiva ó una obediencia legal, ni si debían progresar ó permanecer en la inmovilidad. Alejandro, como buen tártaro, quería retener al pueblo por medio de la barbarie; Alejandro, como príncipe ilustrado, hubiera hecho mayores beneficios á su pueblo conduciéndolos gradualmente al terreno de la civilización. Podía decirse que fue demasiado fuerte para emplear el despotismo, y demasiado débil para establecer la libertad. Sus vacilaciones no crearon la libertad nacional, pero dieron lugar á una independencia individual, que á su vez en lugar de libertadores produjo asesinos.

## XXXII.

Cambio de disposiciones.—Anúdase la narración.—Alejandro: conversacion con él.

Apenas tenemos valor de representar hablando con nosotros, al que acabamos de dejar sumido en eterno silencio en el panteón de los czares. ¿Qué le importan ya los congresos, ni los reinos de este mundo? Todo lo absorbe la inmensidad de la tumba. La muerte y la vida son dos cosas de tan opuesto orden, que despues de haber hablado de la primera, parecen puerilidades de la niñez todo lo que pueda decirse por lo tocante á la segunda.

Habiendo M. de Montmorency partido, nuestro papel, muy limitado en su presencia aumentó de importancia: conservamos, sin embargo, grato recuerdo de aquellas horas, porque nos proporcionaron la benevolencia mas ilustrada de nuestra carrera política, benevolencia que nunca se ha desmentido.

Habían inspirado prevenciones al emperador de Rusia contra nuestra persona: habíale dicho que si nos daba oído ejerceríamos sobre su ánimo una seducción á que le seria difícil desistir. Fuimos presentados en París, y como élera *liberal*, no le conveníamos mas que bajo el punto de vista religioso. Cuando volvimos á verlo en Verona, el czar se había hecho *ultra*, y como nosotros seguíamos permaneciendo en nuestra clasificación de *liberal*, ocurrió la misma dificultad, aunque en opuesto sentido. En el Congreso nos trató con atención; pero de un modo reservado. Acostumbráramos verlo con frecuencia en sus paseos; teníamos bastante mundo para darnos por entendidos de que lo conocíamos, pero esperábamos que al pasar nos hubiese hecho alguna indicación, ó nos hubiese dicho alguna palabra. Una vez se acercó á nuestro lado, y remontando juntos la orilla del Adige, habló de San Petersburgo, sin duda para evitar toda conversacion política. Aunque M. de Montmorency no se nos mostró favorable, obró, sin embargo, respecto de nosotros (ya lo hemos dicho anteriormente), según el impulso de su sangre y de su virtud; al despedirse del emperador, le invitó á que no se asustara tanto de nuestra persona. La condesa Tolstoy, que Alejandro solía ver con frecuencia, nos facilitó algunas entrevistas con él que no produjeron resultado alguno; el emperador era algo sordo; nosotros no teníamos la costumbre de hablar en tono alto, y nuestra indiferencia hácia los príncipes es tan grande, que ni siquiera habíamos dudado de la frialdad con que nos recibiría aquel hombre, cuya mirada andaba todo el mundo mendigando.

Quando M. de Montmorency se marchó, Alejandro nos envió á llamar: no hacia un cuarto de hora que estábamos cara á cara, cuando ya nos agradábamos. No se diga que nos asociamos demasiado familiarmente á aquel poderoso de la tierra, porque la familiaridad á que aludimos, es la del alma, y nadie ignora que las almas son iguales, y que esa igualdad en nada perjudica al respeto. El emperador manifestó admirarse, á la manera de una persona que nunca hubiera visto mas que nuestro retrato. Hallándonos preocupados de la guerra de España, y no viendo obstáculo que en ese particular pudiese inspirarnos temor, no siendo la envidia británica, nos esforzamos por captarnos un poco la voluntad de Alejandro, á fin de oponerle á las malignidades del gabinete de Londres.

En nuestras diversas conversaciones le hablábamos de todo, y él nos escuchaba olvidándose de quién era. Manifestámosles nuestra oposicion á los tratados de Viena; no creyó deberse explicar, pero nos contestó diciendo: «Mejor avenida os hallabais con el tratado de París.»

Nos atrevimos á presentarle el desmembramiento de la Polonia, consecuencia de una de las mayores cobardías de la antigua Francia, y añadimos que la iniquidad de ese desmembramiento pesaría eternamente sobre Rusia, Prusia y Austria, y que Alejandro acabaría de immortalizarse remediándolo. El czar tuvo la paciencia de escucharnos cuando dijimos que un pequeño país, muy mal gobernado, y para el cual había vanamente confectionado un proyecto de constitucion, no debia ser considerado como un peligro para los Estados vecinos; que los polacos nunca perderian la tentacion de sublevarse, no por espíritu revolucionario, sino porque es condicion de la naturaleza humana, el que todo pueblo quiera conservar su nombre y rehusé perder su independencia.

Tampoco nos olvidamos de nuestra querida Atenas cuya causa hemos defendido largo tiempo en público y en la cámara de los Pares, y de la cual aun despues de muerto el czar nos atrevimos á hablar á Nicolás y á Constantino.

Ocurrían en Alejandro conflictos de naturaleza y de

posición: habiendo nacido para marchar al frente del progreso de la sociedad, padecía al verse en la precison de rechazar á los griegos, correligionarios suyos, dándose por desentendido de unos pueblos que estaba obligado á proteger. Mas al amar la libertad, Alejandro creia que la Europa pedía su proteccion contra los principios disolventes, y era tanto mayor el recelo que esos principios le causaban, cuanto mas reciente estaba la explosion que acababan de hacer en Nápoles, en el Piamonte y en España, y cuanto que en su mismo ejército se manifestaban sintomas de la fiebre de Francia.

Por esa razon, despues de haber dado una constitucion á los polacos, suspendió el movimiento; despues de haber hecho otorgar una Carta á la Francia, vió con alguna ansiedad su desarrollo; despues de haber deseado la independencia de la Grecia, desaprobó la insurreccion del 1820, y no vió en ella mas que una orden emanada del comité revolucionario de París. En el congreso de Troppau, de Leyback y de Verona, se imaginó defender la cibilizacion contra la anarquia, así como anteriormente la había salvado de Napoleón.

Tratamos de la reunion de la Iglesia Griega con la Latina, Alejandro se inclinaba á ella mas no se creia con fuerzas para intentarla; deseaba hacer un viaje á Roma, y se detenía en las fronteras de Italia; mas tímido que César no se atrevía á franquear el torrente sagrado por causa de las interpretaciones que no habrían dejado de hacerse por lo tocante á su viaje. El deseo de proceder con acierto en esta materia, daba lugar á un continuo combate en su ánimo; en medio de las ideas religiosas de que el autócrata se sentía dominado, no acertaba á discernir si obedecía á la secreta voluntad de Dios, ó si era víctima de una suggestion infernal que lo convertía en renegado y en sacrilego.

## XXXIII.

M. de Metternich nos confía sus temores por lo tocante á la guerra de España.—Ultima conversacion con el emperador de Rusia.

Quando se divulgó entre los del congreso el favor que cada vez íbamos mereciendo mas cerca del czar, no tardaron en cambiarse nuestras circunstancias personales; fuimos buscados con la misma sollicitud con que anteriormente evitaban nuestro encuentro. M. de Metternich se nos mostró sobremanera complaciente, y en una conversacion no tuvo reparo en confiarnos el temor que le inspiraban la guerra de España, el ardor que Alejandro manifestaba en llevarla á cabo, y principalmente el proyecto de poner en movimiento su ejército, si alguna vez llegaba la Francia á necesitarlo para la realizacion de ese plan. A la manifestacion de semejantes temores añadí deseos de que predicáramos la paz al poderoso vecino del Austria, y á esto le contestamos que como estábamos en la persuasion de que Francia no necesitaba de ningun auxiliar, nunca habíamos predicado la guerra; que no podíamos prescindir de tener nuestra opinion particular, y que como no éramos ministro, era de esperar que nadie consultara nuestro parecer. «Por lo demás, seguimos diciendo, M. de Villele se halla distante de acudir á las armas; sus últimas cartas nos revelan la pena que le causa el dirigir comunicaciones ostensibles á Madrid. Piensa que esos despachos pueden obligarle á tomar medios mas graves, tal vez hasta la de retirar antes de lo que hubiera querido, el embajador francés de aquella córte.»

Aseguramos á M. de Metternich que comunicáramos la opinion de M. de Villele á S. N. I. en la primera audiencia que se dignara concedernos. M. de Metternich nos dió las gracias y manifestó deseos de saber el resultado de aquella audiencia.

Pasamos en efecto al palacio Canossa, y referimos al emperador lo que habíamos hablado con M. de Metternich, y S. M. contestó.

«La Francia obrará como mejor le parezca. M. de Montmorency al tiempo de partir me ha preguntado qué partido tomaré en el caso de que estallando esa guerra entre Francia y España ocurrieran incidentes desagradables para la primera. Le he contestado que mi espada estaba siempre al servicio de Francia, y que á esta nacion incumbe el decidir si la necesita ó no; que no pretendo intervenir en nada de lo que la Francia haga: pero ¿qué pensais de esto señor vizconde de Chateaubriand?»

Contestamos, «Sire: nuestra opinion es que Francia debe tratar de remontarse por sí misma lo mas pronto posible al rango de donde la han hecho bajar los tratados de Viena. Cuando haya vuelto á adquirir su dignidad, podrá ser una aliada mas útil y mas honrosa para V. M.»

No sabemos si el emperador nos comprendió; pero se sonrió noblemente á la contestacion con que eludiamos su socorro y pediamos la guerra. Hizo una breve pausa, y luego, correspondiendo á su pensamiento, dijo: «Me alegro de que hayais venido á Verona á fin de que podais dar testimonio de la verdad. ¿Habráis creído que, como dicen nuestros enemigos, la alianza es una palabra que solo sirve para encubrir ambiciones? Así pudo ser tal vez en el antiguo orden de cosas, pero indudablemente no se trata hoy de algunos intereses particulares, cuando el mundo civilizado está en peligro.»

«Ya no hay política inglesa, francesa, rusa, prusiana, ni austriaca; no hay mas que una política general que por el bien de todos debe ser universalmente admitida por los pueblos y los reyes. Yo soy el primero que debo mostrarme convencido de los principios en que he fundado la alianza. Acaba de presentarse una ocasion y es el levantamiento de la Grecia. Nada al parecer puede ser mas conveniente á mis intereses ni á los de mis pueblos, en concepto de estos, que una guerra religiosa contra la Turquía, pero he creído notar el signo revolucionario en los disturbios del Peloponeso, y me he abstenido de obrar en aquel sentido.»

«¿Qué de diligencias no han hecho para romper la alianza? A un mismo tiempo han tratado de inspirarme recelos, y herir mi amor propio; me han ultrajado abiertamente. Muy mal me conocen si creen que mis principios defienden únicamente de vanidades que pueden ceder á resentimientos. No, nunca me separaré de los soberanos á quienes estoy unido. A los reyes debe ser lícito tener alianzas públicas para defenderse de las sociedades secretas. ¿Qué es lo que podría tentarme? ¿Qué necesidad tengo de aumentar mi imperio? No ha puesto la providencia á mis órdenes ochocientos mil soldados para satisfacer mi ambicion, sino para sostener la religion, la moral y la justicia, y para hacer reinar los principios de orden sobre que descansa la humana sociedad.»

No puede casi ya darse crédito á lo que un autor refiere: cada cual inventa ó borda los acentecimientos. Nosotros por lo menos tenemos el débil mérito de la probidad de escritor: el *Itinerario de París á Jerusalem* sirve hoy de guia á los viajeros: al cabo de treinta años todavía es posible reconocer por los nombres los personajes mas oscuros que hemos citado. El árabe Abougoshi, de las montañas de Judea acaba de escribirnos por medio de un peregrino.

Igual exactitud tiene lo que hemos referido acerca de nuestras conversaciones con el emperador de Rusia. En nuestro discurso á la cámara de los Diputados el 1823, citamos parte de las palabras de Alejandro. ¿Las habíamos imaginado? no por cierto. Siempre nos ha sido imposible mezclar la novela con la verdad: citaremos una nueva prueba. El emperador de Rusia